

## VII

## La carta de Fernando.

En el tiempo que ha transcurrido desde que Magdalena recibió la carta de Fernando que ha visto en páginas anteriores de este libro la adorable lectora, es claro que se han escrito otras muchas cartas Magdalena y su prometido, haciéndose las consiguientes protestas de eterno amor.

Magdalena siempre quejándose de su fortuna cruel; Fernando siempre aconsejándola bien, encareciendo la modestía, la humildad, la virtud sencilla, los nobles y generosos sentimientos.

La carta que acaba de recibir Magdalena es más breve que todas; hé aquí cómo anuncia Fernando á su amada, á la elegida de su corazón, su vuelta á la patria.

«Mi adorada Magdalena: Dios te bendiga, alma

mia, porque me has librado de una gran desgracia, de un crimen acaso; he tenido momentos de horrible desesperacion; yo me creia más fuerte.

»Felizmente, tú estabas como siempre en mi pensamiento, y he podido olvidar contrariedades que te explicaré á nuestra vista, para pensar sólo en tí y en nuestro amor puro, desinteresado, inmenso.

»Mañana salgo de Paris con direccion á Marsella, para ir á Barcelona, y desde Barcelona me dirigiré á Madrid la semana próxima.

»Te avisaré el dia de mi llegada.

»A pesar de lo que he sufrido, porque he sufrido mucho en pocos dias, vuelvo contento y feliz, como que vuelvo á verte, á no separarme de tí, si tú conservas, como espero, vivo en tu nobilísimo pecho aquel amor que tantas veces me juraste.

»Adios. vida de la mia; no puedo escribirte más, porque el tiempo no me pertenece.

»Se me olvidaba decirte una cosa muy importante: voy á vivir, á lo ménos en los primeros meses de mi estancia en Madrid, muy cerca de la casa de la marquesa del Rosal, donde tú vives.

»Adios otra vez.—Tu *Fernando*.»

Tia y sobrina, despues de leer esta carta, se miraron con asombro.

—¿Qué quiere decir todo eso?... dijo la marquesa.

—Me abismo en un mar de dudas y sospechas, tia.

—¿Qué desgracia le ha sucedido?... ¿qué crimen es ese que ha estado expuesto á cometer?...

—No puedo comprender.

—Parece como que quiere dar á entender que ha estado á punto de suicidarse.

—¡Qué horror!...

—¿Qué otro crimen podia intentar?...

—Es verdad, tia, eso parece.

—Pero otra cosa me llama la atencion en esa carta.

—Y á mí.

—Dice que viene á residir en Madrid cerca de mi casa.

—Sí, señora...

—Entónces... será él, será tu adorado Fernando el vecino de enfrente...

—¿Será él, tia mia?...

—¿Quién sabe?...

—No lo quiero pensar.

—¿Por qué?...

—Porque, ¿y si no fuera luego?...

—Sería un desengaño terrible.

—¡Jesus! es cosa de volverse loca.

—¿Qué piensas?...

—Oiga V. lo que yo creo.

—A ver.

—Fernando ha visto, por uno de esos azares tan frecuentes para los hombres de negocios, gravemente comprometida su fortuna, la ha creído perdida, y ha estado por este motivo á punto de cometer un acto desesperado, pero ya ha pasado el peligro, y vuelve á vivir cerca de mí, porque esa casa que tanto nos ha preocupado es suya.



—No está mal trazada tu historia, y no es por cierto inverosímil.

—Fernando ha comprendido todo el alcance de las enigmáticas frases de su carta, y quiere tenerme preocupada hasta su vuelta.

—Puede ser.

—Y luego decirme:—He cumplido el encargo que me hizo tu difunto padre; ya soy rico, y vengo á ofrecerte mi amor y mi fortuna.

—Eso parece una novela.

—Muchas veces, tia mia, pasa en la vida real lo que en una novela se cree ficcion caprichosa.

—Es verdad.

—¿V. duda?...

—Yo no sé qué te diga, Magdalena. Te confieso que no tengo gran confianza en tu galan. Es un hombre extravagante... ¿Quién sabe lo que oculta en esas frases de su carta que parecen tan sencillas?

—Yo tengo casi certeza de que ha cumplido la obligacion de hacerse rico que le impuso mi padre. Es hombre de una voluntad enérgica, á la vez que su carácter es franco, dulce, expansivo, y parece como que le estoy oyendo cuando, despidiéndose de mí padre, le decia con el acento de la más profunda conviccion:

—Volveré rico, ó no volveré.

—Entónces, puesto que vuelve, no hay que dudar, vuelve rico; sin embargo, querida mia, eso de hacerse rico no es tan fácil como se cree, no se logra cuando se quiere.



—El tiene mucho talento.

—Si vieras tú cuántos hombres de talento hay por el mundo, que no han podido jamás salir de la pobreza ó de la medianía...

—Su práctica en los negocios y su acierto son singulares; lo eran cuando estaba en casa; á mi padre le hizo ganar sumas enormes, y ya he dicho á V. que si él hubiese continuado al lado de mi desventurado padre, este no habria comprometido su fortuna.

—Bien, todo eso te lo concedo, pero, dime, ¿te parece que en seis años ha podido hacer la fortuna que representa ese palacio levantado enfrente de nuestra casa como por arte de encantamiento?...

El dueño de todo eso debe ser millonario, muchas veces millonario.

—¿Y no puede serlo Fernando?

—Sería un asombro; imposible no es, pero permíteme que lo crea difícil.

—Pues á mí me dice el corazón que algo hay de probable, de seguro en mis conjeturas.

—Mucho me alegraré; nadie desea tu bien con tanto afán como yo.

—Es verdad, tia, V. me quiere mucho.

—Y deseo verte feliz; únicamente á tí no envidiaría esa enorme fortuna.

—¡Oh! ¡qué impaciencia hasta la semana próxima que vendrá Fernando! Quisiera pasar el tiempo durmiendo.

No pasó el tiempo Magdalena durmiendo precisa-

mente, pero lo pasó soñando, soñando dormida y soñando despierta.

Su débil cerebro ardia en aquella confusion de ideas halagüeñas y tristes, de esperanzas, deseos y temores.

Pasaba horas enteras llorando bajo el influjo de sombríos y desconsoladores presentimientos.

Luego se calmaba, se reanimaba, cobraba aliento, y le sonreian las más bellas y lisonjeras esperanzas.

Era una situacion cruel la suya.

A veces la conciencia le decia que únicamente debería pensar en el amor de Fernando, que su amor no era tan grande ni tan desinteresado como el de su prometido, puesto que la idea de que Fernando podia volver inmensamente rico ó pobre dominaba en ella completamente, y era la que causaba su afan, su incertidumbre, su inquietud, su impaciencia, su angustia.

Y Fernando era digno de ser amado de otra muy distinta manera.

Ya no faltaban más que tres dias para la llegada de Fernando.

Magdalena no hubiera podido resistir más en aquella situacion; se hubiera vuelto loca.

¡Ah! ¡maldita vanidad!...

Esta pasion era la causa del estado de profunda agitacion en que se hallaba aquella incauta jóven, que tan dichosa hubiera podido ser si hubiese tenido previsores padres que no hubieran estimulado el pícaro orgullo, el miserable amor propio de la hija amada.

## VIII

De cómo le salió un primo á la marquesa del Rosal.

Dos días ántes del señalado por Fernando para su llegada, notóse movimiento en la casa misteriosa de la calle de Segovia.

Abriéronse otra vez balcones y ventanas; se vió limpiar con esmero los muebles, quitar las fundas á las sillerías, arreglar las primorosas gasas de los espejos, poner bujías en las arañas y candelabros, hacer, en fin, todo aquello que demuestra claramente que una casa va á recibir á sus dueños.

La marquesa y Magdalena, esta con más interes ya, no se separaban de los cristales de su balcon para sorprender hasta los menores detalles de lo que pasaba en la casa del vecino, del incógnito vecino, aunque ya todo indicaba que el vecino de aquella casa de las maravillas iba á ser Fernando.



La marquesa misma creía ya bien fundadas las sospechas de su sobrina.

Todo coincidía exacta, matemáticamente, si así puede decirse, para creer que Fernando era el verdadero dueño de aquel palacio encantado: hasta el concepto de extravagante que la marquesa tenía de Fernando estaba justificado en aquellos momentos.

—Hija mía, dijo la marquesa á su sobrina, te confieso que si no es Fernando la persona á quien esperan en esa casa, nos habremos llevado un chasco inverosímil.

—No hay duda, tía, no hay duda. ¡Oh! ¡cuánto tarda en pasar el tiempo! Estos días son siglos.

—Comprendo tu impaciencia.

—¡Oh! Una semana más de esta inquietud y me volvía loca.

—Con razón te decía yo que tu galán era un extravagante; porque, ¿quieres más extravagancia que todo esto?...

—Yo en todo veo una prueba de su amor.

—Sí, una prueba de amor, pero extravagante. Lo que él ha hecho no se le ocurre á nadie.

—Eso demuestra su talento.

Y sobre el mismo tema hubieran seguido discutiendo tía y sobrina, si otro acontecimiento inesperado no hubiera venido á preocupar su atención.

La doncella entró con una carta.

—De Fernando; otra vez me escribe, exclamó Magdalena, y se apresuró á tomar la carta.

—Es para la señora marquesa, dijo la doncella.

—¿Para mí?...

—Y de Paris... Será de Fernando, sin duda... Ya entiendo, como estoy en casa de V., le pide á usted permiso para venir á verme aquí. Es natural.

La marquesa habia abierto la carta.

—No es de Fernando, dijo.

—¿Pues de quién?...

—A ver la firma. ¡Jesus! aquí dice, *su primo Perico*.

—¿Perico?...

—Bien claro. A ver el principio: dice: *Mi querida prima*. ¿Qué primo será este?...

—¿No tiene V. ningun primo?

—Ve tú á saber, hija: primos tiene todo el mundo; á lo mejor le sale á cualquiera un primo, como llovido del cielo. Permíteme leerla; no sé de quién pueda ser esta carta.

—Sí, sí, léala V.

Magdalena se habia quedado con el sobre en la mano.

—¿Pero será esto para mí?... observó la marquesa.

—Sí, señora; no hay duda, el sobre dice: *A la excelentísima señora marquesa viuda del Rosal*.

—No hay otra en España.

La marquesa leyó la carta, interrumpiendo la lectura con exclamaciones de asombro, con sonrisas y hasta con carcajadas, todo lo cual excitaba poderosamente la curiosidad de Magdalena.

Cuando la marquesa hubo terminado la lectura, dijo á su sobrina:

—Hija mia, es preciso que oigas esta carta, que es curiosísima.

—Lo que me complace es que no debe traer ninguna mala noticia para V.

—Al contrario, Magdalena, al contrario. Vamos de asombro en asombro.

—Su lectura le ha producido á V. risa; debe ser muy divertida.

—No quiero tenerte con curiosidad. Yo misma te la leeré.

Mis amables lectoras me van á permitir que copie á continuacion la carta de Perico.

Y es la cuarta carta que se copia en este libro; pero mis lectoras me dispensarán, comprendiendo que todas estas cartas son precisas para el desarrollo del pensamiento de esta novela.

Las lectoras son bondadosas y discretas, y no se han de enojar con el autor por carta de más ó de ménos.

En esta confianza, entrego la carta de Perico á la publicidad.

Decia así:

«Mi querida prima: ¿Quién será este primo? dirá mi estimada prima al ver este principio, pero siga leyendo, y verá que, aunque nuestro parentesco es de aquellos que no los alcanza un galgo, está muy en el órden que nos llamemos primos, que yo la llame prima y ella me llame á mí primo, aunque no recuerde haber tenido nunca tal primo, ni nadie le haya hablado de él.



»Yo soy primo carnal, como se dice, del marqués del Rosal, cuya muerte he sabido en esta ciudad al mismo tiempo que la existencia de su viuda, de quien hanme dicho personas que la conocen que es una buena moza, y perdone la franqueza, que no se la merecía aquel calavera, á quien Dios tenga en la gloria. Ahora recordará, sin duda, mi ilustre prima haber oído á su marido hablar alguna vez de un primo que, segundon de una noble casa, y más pobre que una rata, se fué por esos mundos cansado de hacer un triste papel en la sociedad, por no tener otros defectos que ser pobre, feo, haragan y poco avisado.

»Pues ese primo soy yo.»

—Y esto es cierto, dijo la marquesa interrumpiendo la lectura; mi marido me habló de ese primo desaparecido, á quien todos sus amigos conceptuaban muerto. Y el retrato que de él hacia el marqués coincide con el que se pinta él mismo en lo que he leído.

Y prosiguió:

«De entónces acá he variado bastante; ya no me puedo llamar pobre ni haragan; avisado no lo soy poco, y feo lo soy mucho más que en aquella época de mi azarosa juventud.

»Si me pregunta V. (cuando nos veamos hemos de llamarnos de *tú*; á mí me gusta la franqueza); si me pregunta V., repito, de dónde vengo, le diré que del mundo. Lo he corrido todo; he visto la inmensidad de tontos que hay en el orbe; he visto los salvajes que no llevan más traje que un aro colgado de las narices, y los salvajes de levita y de uniforme; he estado

condenado á ser comido por unos antropófagos distinguidos en un banquete de boda; he vivido como Robinson; he gemido en prisiones como Silvio Péllico, y hasta tengo la pretension de haber descubierto alguna tierra ignorada, como Colon. Yo he visto estallar el cráter del Vesubio; he estado merendando en una de las pirámides de Egipto; he cruzado el desierto, sintiendo no hallar un *simon*, y temiendo que me hallara el *simoun*; he sido turco una temporada, y no me empalaron por misericordia divina; conozco de vista á todos los soberanos del mundo, y todos me han dado audiencia, ménos uno, que me dió cincuenta palos por mano del ejecutor, allá en Africa; he sido mercader, cantante, cómico, ministro de la guerra y presidente del gobierno de un rey negro, y más bruto que negro, y era como el azabache; he sido médico, músico, esclavo, marinero; he sido, en fin, todo lo que hay que ser; pero todo esto es para contado más despacio. He visto y sentido huracanes, terremotos, incendios, inundaciones, naufragios, y conocido lo ménos cien mil millones de caras diferentes.

» Aunque fuera yo muy pobre tendria un gran caudal de conocimientos y de experiencia. He estado en todas partes por mar y por tierra, y ahora estoy en Paris, disponiéndome á emprender el viaje de regreso á Madrid, que tantas ganas tengo de ver.

» En Paris he sabido que todos los individuos de mi familia, que maldito lo que se acordó nunca de mí, del pobre Perico, tan tonto y tan feo, han muerto,

incluso mi primo, que era para mí el más simpático de mis parientes, y siempre me demostró afecto, sin duda porque había bastante analogía en nuestros caracteres. Solamente queda la viuda de mi primo, de quien ya he dicho que tengo los mejores informes. Sé que es V. una dama discreta, amable, bondadosa, bella, distinguida, y mi anhelo es merecer la amistad de V.; será la única que pueda tener en Madrid, porque despues de veinte años, ¿qué amigo no me habrá olvidado ya?...

»Tengo asegurado un mediano pasar, y quiero descansar de mis andanzas y aventuras, vivir tranquilamente en mi patria, y esperar con la filosofía que me caracteriza la hora de emprender el viaje á un mundo mejor que el que he recorrido.

»¿Seré tan dichoso, al regresar á mi país, que halle en V. una amiga, una hermana á quien consagrar mi afecto franco, sincero, desinteresado? Siendo ciertas, como sin duda lo son, las noticias que tengo del noble carácter de V., espero confiadamente que no me negará el favor de su amistad.

»Dentro de poco estará en Madrid, si Dios quiere, y tendrá el gusto de ponerse á los piés de V. su primo—*Perico.*»

—Hay una *postdata* que dice:

«Ignoro si vive V. en la misma casa donde nació y vivió siempre el difunto marqués; pero allá dirijo la carta, suponiendo que allí sabrán su habitacion, y si no, supongo que sabrán en Correos dónde vive persona tan notable y distinguida en la buena sociedad.»



—¿Qué te parece?... preguntó la marquesa á su sobrina.

—Es singular...

—Lo dicho, hija mia; vamos de asombro en asombro.

—¿Quién será ese hombre?

—El lo dice bien claro: mi primo Perico.

—¿Y no será todo eso una superchería?

—No, porque ya te digo que mi marido tuvo en efecto un primo de ese nombre.

—¡Ay! Estoy deseando que llegue pasado mañana y salgamos de dudas.

—Mi primo Perico, dijo la marquesa sonriendo, no dice cuándo viene; pero se infiere que vendrá pronto.

—Debe ser hombre de buen humor.

—Pronto le conoceremos. Yo estoy muerta de curiosidad.

—Y yo de angustia.

—Todavía puede que mañana recibamos alguna nueva sorpresa.

—Fernando no me dice á qué hora llegará.

—Llegará en el tren de Zaragoza; pero no creo que pienses salir á esperarle.

—¿No le parece á V. bien?

—De ningun modo. Le esperaremos en casa. Si vienen él y mi primo Perico el mismo dia, ¡cuánto vamos á tener que hablar!

## IX

¡ Al fin !

Ha llegado el suspirado día señalado por Fernando para su regreso.

Magdalena está levantada desde muy temprano, y sin dificultad me creerán mis lectoras que no ha dormido la noche anterior.

Todavía viste luto por su padre, pero se ha peinado con gran esmero, y se ha mirado al espejo muchas veces, como si no estuviese muy segura del amor de Fernando; lo probable es que no está muy segura del suyo.

Más que el amor le ha desvelado aquella noche la idea de que Fernando es el dichoso dueño de todas las riquezas que se encierran en la encantadora mansion levantada como por encanto enfrente de sus balcones.

A las ocho de la mañana, Magdalena y su tia, que

están en el balcon respirando el aire fresco y agradable de la mañana, y sin quitar ojo del palacio de enfrente, ven abrirse la gran puerta y salir por ella la bonita berlina que dias ántes vieron entrar.

En la berlina sólo van el lacayo y el cochero, que dirige los caballos por la calle de Segovia abajo.

Tia y sobrina siguen con la vista al carruaje, que sale al campo y tuerce hácia la derecha.

—Ese coche va á la estacion del Norte, dice Magdalena. ¡Dios mio! ¡qué impaciencia!

—Pero, observa la marquesa, Fernando debe venir á la estacion del Mediodía, puesto que viene de Barcelona.

Esta observacion desconcierta á Magdalena.

—Tambien puede venir por el Norte.

—Sí, pero dando una vuelta enorme...

—Dios sabe si habrá tenido necesidad de darla...

—Es verdad.

Magdalena no puede dominar su impaciencia y su angustia.

La marquesa y ella callan, y miran alternativamente á un lado y á otro de la calle, y á la casa de enfrente, cuyo portal ha quedado abierto, y en la puerta, como esperando á alguien, están dos hombres altos, flacos, colorados, rubios, dos ingleses, sin duda, vestidos de negro, que indudablemente son dos servidores del dueño de la casa.

Los balcones de esta se hallan abiertos, y se ve que en los salones todo está en órden, todo limpio y reluciente.



Otro hombre vestido de negro, como los del portal, sale á uno de los balcones y deja caer la preciosa y elegante cortina-persiana de caoba, y despues va haciendo la misma operacion en todos los balcones.

La marquesa rompe el silencio, diciendo:

—No hay duda, el dueño de esa casa llega hoy, va á llegar ahora.

—¡Oh! sí, hoy llega.

—¿Será Fernando?...

—Tia, no me atrevo á contestar: yo tambien pregunto: ¿Será Fernando?...

Pero ya vuelve la berlina por la calle de Segovia arriba.

En un segundo suben la cuesta las briosas yeguas y se detienen delante de la puerta de la casa misteriosa. Antes de que el lacayo baje del pescante, abre la portezuela del carruaje la persona que viene dentro, y salta á la acera.

No es Fernando.

Es un caballero como de cuarenta años, gordo, no muy alto, con traje de camino.

Habla con el lacayo un momento; éste vuelve á subir al pescante, y el coche torna á bajar por la calle de Segovia; pero en lugar de volver hácia la derecha, cuando sale al campo, tuerce á la izquierda.

El caballero gordo habla con los criados que están en el portal, y luego echa á andar hácia la escalera principal del palacio.

—¡No es Fernando! ha dicho Magdalena, retirán-

dose del balcon. Síguela su tia, y la ve caer en un sofá, llorando.

—Pero, hija mia, ¿á qué viene eso?...

—No puedo más; tia, déjeme V. llorar.

—Pero, ¿qué tienes?...

—No sé, no sé, quiero llorar.

—Hoy que vas á ver á Fernando...

—¡Ah! ¡Fernando!... Ya está visto, he sido una niña, me he forjado una historia de venturas y grandezas, y todo ha sido un sueño, una ilusion.

—¡Pobre Magdalena! No te apenes todavía; porque Fernando no sea el dueño de esa casa, no hay razon para desesperarse...

—Todo parecia indicar un plan combinado por él para sorprenderme... ¿No lo creia, V. misma?

—Sí, te confieso que llegué á creer algo de lo que tú creias; pero no habia fundamento sério para ello. Toda esa historia la hemos fundado en una frase de una carta suya, y tu imaginacion y tu deseo han hecho lo demas.

—Tiene V. razon, tia, tiene V. razon; pero déjeme V. llorar mi sueño desvanecido.

La marquesa vuelve al balcon á tiempo que aparece en uno de los de la casa de enfrente el caballero que llegó há poco en el coche.

Es bastante feo.

El vecino está mirando á la calle, luego mira hácia el campo, y, por último, mira enfrente, y al ver á la marquesa en el balcon, se cala los lentes para verla mejor.

Parece el vecino bastante descarado, y la marquesa, que le ve sin mirarle, como ven muchas veces las mujeres, advierte que se sonríe, y sigue mirándola con impertinente insistencia.

—Pues lo que es ese no es inglés, piensa la marquesa, sino español y muy español. Y ya es cuarenton el condenado.

El vecino ha cambiado el sombrero de viaje por un gorro de terciopelo bordado de oro, de bastante mal gusto, por cierto.

—No hay duda, piensa la marquesa; ese es el Creso á quien pertenece esa casa. Y el maldito no cesa de mirarme. ¡Bueno fuera que hiciera yo la conquista de ese prójimo!... ¡Oh! y en cuanto á la edad allá nos iremos. Mira, hijo, mira, que si crees que me voy á ruborizar por eso, te llevas chasco. ¡Y con qué gracia tiene ladeado el gorrito!... El podrá ser todo lo rico que quiera; pero tambien me parece que ha de ser un pájaro de cuenta, un tunante de siete suelas. Nada, no deja de mirarme... No lo extraño; si, como parece, viene del extranjero, el hombre tendria gana de ver una española.

Por la calle arriba sube otra vez el coche.

La marquesa entra en la sala, y dice á Magdalena:

—Magdalena, el coche vuelve.

Magdalena se acerca al balcon, y desde detras de su tia mira.

El coche entra en el portal, se detiene un momento, y baja de él una persona, pero la marquesa



y Magdalena no pueden verla lo suficiente para conocerla.

El del gorro, que estaba en el balcon, desaparece; sin duda va á recibir al recién venido.

Magdalena, pálida, triste, llena de confusion, queda allí junto al balcon, con la vista fija en el suelo, como quien ha perdido algo.

—Mira, le dice de pronto la marquesa.

Magdalena mira, y ve en el balcon de la casa de enfrente á Fernando, al mismísimo Fernando.

Este la ve, y grita:

—¡Magdalena!...

Y esta exclama:

—¡Fernando!...

Y en su rostro brillã radiante la alegría.

Un momento despues, Fernando entra en la casa de la marquesa, y Magdalena sale á recibirle.

Fernando estrecha con efusion y profundamente conmovido la mano de Magdalena.

Esta no sabe qué decir, no acierta á hablar.

Fernando saluda á la marquesa, y sin poder reprimir su emocion, le suplica le dispense que no haya podido contener su deseo de ver á Magdalena, y haya olvidado que esta se halla en casa ajena.

La marquesa, con su amabilidad acostumbrada, le dice unas frases bondadosas, manifestándole el placer que tiene en recibirle.

Y por las mejillas de Fernando corren dos lágrimas que ennoblecen más y más la severa, la noble fisonomía del jóven.

-- Señora, V. dispense, dice; estas lágrimas las debe mi profunda gratitud al padre de Magdalena, á mi generoso protector.

Magdalena baja los ojos; ella no se habia acordado de su pobre padre en aquel momento.

Las nobles palabras de Fernando han sido para ella una leccion severa.

## X

### El gran desengaño.

Fernando es un jóven de noble y distinguida figura: en su franca fisionomía se revelan todas las notables prendas de su carácter; en él es el rostro espejo del alma.

Es uno de esos hombres que nunca tienen enemigos, que jamás descubren una mala pasion, que son incapaces de accion alguna que no sea noble y elevada; un hombre, en fin, de un carácter poco fre-

cuenta en esta sociedad perturbada y podrida por todas las malas pasiones y todos los vicios más ruines.

Fernando ha querido retirarse, despues de saludar á Magdalena, pidiendo mil excusas á la marquesa, pero ésta se muestra tan amable con él, que prolonga un poco más la entrevista con Magdalena.

—¡Qué mudanza, dice á su prometida, en estos años de ausencia! Tu hermosa madre, tu pobre padre han desaparecido ya del mundo.

—Dios lo ha querido, Fernando.

—¡Oh! ¡Cuánto he sentido no haber vuelto de Nueva-York apénas recibí la noticia de la muerte de tu madre.

—Bien te echaba de ménos mi buen padre.

—Hubiera bastado una indicacion suya para hacerme volver, y la esperé algun tiempo.

—Mi padre temia perjudicarte en tus intereses.

—¡Oh! hubiera sido todo lo contrario.

Sería imposible definir las sensaciones que experimenta Magdalena.

La sencilla frase que acaba de pronunciar Fernando le ha hecho una impresion que en vano pretenderia yo explicar.

La marquesa no pierde palabra de las que dice Fernando, y comprende perfectamente la angustia de su sobrina.

—La muerte de tu padre me causó, continúa Fernando, un pesar igual al que me produjo la del mio. Yo he tenido que sufrir dos veces esa pena de quedar huérfano, que á ninguna otra pena igua'la, porque tu



padre era tambien un padre para mí, un padre cariñosísimo, lleno de amor, de abnegacion. Tenia un corazon de oro, y Dios habrá premiado en el cielo sus nobles acciones, sus cristianas virtudes.

—Vaya, dice la marquesa, ya no tiene remedio la desgracia que todos los dias llora Magdalena; hoy, que vuelven Vds. á verse despues de tan larga ausencia, den tregua á su tristeza, y hablen de su amor, de sus proyectos; cuente V. sus viajes, y díganos todo lo que deseamos saber; las mujeres somos muy curiosas.

—Mi amor, señora, es tan puro, tan inextinguible, tan profundo como el dia que me despedí de los padres de Magdalena, ¡ay! para no volver á verlos.

—Pues yo creo que puedo contestar á V. que Magdalena ha conservado tambien vivo, puro é inextinguible ese amor... ¿no es verdad Magdalena?...

—Sí, dice esta bajando los ojos.

—Desde que por la muerte de su padre vino á mi lado, solamente el nombre de V. disipa la nube de su tristeza; aquí no se habla más que de V., y todo su afan era que V. viniera.

--Ya no nos separaremos nunca; ¿no es verdad, Magdalena?...

—Pero ¡qué disgusto tan grande dió V. á esta pobre niña con una de sus cartas!

—¿Yo?...

—Sí, señor, V.; se conoce que escribió V. la carta preocupado, y sin pensar en las consecuencias. Luego, como no daba V. explicaciones...

—No recuerdo.

—Mi tía, dice Magdalena, se refiere á la carta en que me decias que habias estado á punto de cometer un crimen.

—¡Ah! sí. Confieso, en efecto, que sentí haberla puesto en el correo.

—¿Qué te habia sucedido?... pregunta Magdalena.

Fernando dirige una profunda mirada á su prometida, y mirándola fijamente, dice con cierta indiferencia:

—Nada, lo que le sucede á cualquiera; me habia arruinado.

—¡Ah! exclama la marquesa.

Magdalena no dice nada; pero su corazon late violentamente.

—Sí; me habia arruinado, y en el primer momento, nunca me lo perdonaré, el maldito dinero, la miserable idea del dinero habia borrado de mi imaginacion, por un instante no más, tu bendito recuerdo, y ya tuve en la mano un arma que habria acabado con mi existencia si Dios no hubiese tocado mi corazon, dándome el valor que un momento me habia faltado.

—¡Dios mio! exclama la hermosa jóven.

—Por fortuna, añade la marquesa, daba V. á entender luego en aquella dichosa carta que todo peligro habia desaparecido.

—Gracias á Dios, sí, señora, todo peligro pasó; iba á ser un criminal, y me decidí á ser hombre de bien. Logré una gran victoria sobre mí mismo. Ade

mas, mi vida no me pertenecía; pertenecía á Dios y á Magdalena. No crea V. que la pérdida fué muy grande, no; unos cincuenta mil duros, que los habia ganado en un momento; los gané en un momento, y en otro momento los perdí. ¡Para este resultado he estado tantos años léjos de mi patria!... Si viviera la buena madre de Magdalena, grande seria hoy mi confusion, volviendo á decirle:—Señora, no he podido cumplir lo que prometí á V. temerariamente; prometí á V. volver rico; pero ¡vuelvo pobre! Aquella digna señora ha muerto desgraciadamente, y esta dolorosa circunstancia me evita esa confusion, porque á Magdalena no le prometí volver rico; lo que le prometí fué volver amándola tanto como la amaba entónces, mucho más, y en este punto me precio de haber cumplido mi promesa. Soy jóven todavía, tengo amor al trabajo, fe y constancia, y aprecio en poco el lujo y la vanidad. No hay, pues, motivo para que me apane no haber tenido la suerte de hacer una fortuna.

—Eso demuestra que es V. un hombre superior.

—No, señora; no hay tal superioridad; demuestra simplemente que soy cristiano. Parece como que la Providencia ha querido igualarnos á Magdalena y á mí; ella tambien ha tenido la desgracia de perder con la muerte de su padre la fortuna.

—Es verdad, dice Magdalena tristemente.

Y su tristeza contrasta con la modesta sencillez, con la dulce tranquilidad y la noble serenidad de Fernando al referir la pérdida de su fortuna.

—Me queda para vivir, continúa diciendo Fernan-



do, para vivir honrada, decorosa y modestamente, y ¿para qué más?... Todavía soy afortunado; otros, la mayor parte de los hombres, tienen que trabajar asídua, penosamente para lograr únicamente lo necesario, lo indispensable á la vida; yo no necesito trabajar más que para lo superfluo.

—Entónces, dice la marquesa, no es exacto que sea V. pobre, como ha dicho.

—Claro que no es exacto realmente, pero sí lo es para la sociedad en que vivimos, donde se considera pobre al que no tiene lujo ni boato. Aceptando la jurisprudencia, si así puede decirse, de la sociedad metalizada de nuestros tiempos, me debo llamar pobre, puesto que no poseo más que valores suficientes á darme una renta de veinte mil reales. ¡Qué miseria! ¿no es verdad, marquesa?... Cualquier estudiante que acaba de salir de la universidad cree una miseria un destino de veinte mil reales, y acaso una ofensa que se lo ofrezca un ministro que tambien salió de la universidad un año ántes que él.

—Tiene V. ideas singulares.

—Así se llaman en efecto mis ideas en esta sociedad que tanto progresa.

—¿Y viene V. á vivir en esa casa de enfrente?... preguntó la marquesa con la mayor inocencia.

—Sí, señora; es una fortuna para mí, una dichosísima casualidad.

—Nosotras hemos visto levantarse ese palacio en unos dos meses.

—Sí, su dueño dió encargo á su apoderado en Ma-

drid de que le buscasse una casa en un paraje poco céntrico y cerca del campo, y aquel no halló cosa mejor. Al dueño de esa casa me ligan sagradas obligaciones de gratitud; soy su único amigo, y lo seré siempre. A su lado, como al lado de D. Melchor, desempeño el honroso oficio de secretario, y tal es su bondad para conmigo, que no me permite vivir en otra parte que en su casa. Hé aquí explicado por qué vengo á habitar en su palacio.

—Y ese amigo de V., ¿es español?...

—Sí, señora; pero hace muchos años que falta de su patria. Le conocí en Nueva-York, y unióme á él estrecha amistad; vivimos juntos siempre, y cuando perdí por una imprudencia lo que habia reunido, me ofreció delicadamente un puesto que mi agradecimiento y mi amistad no pudieron rehusar. Es millonario, y hubiera sido para él un gran pesar que yo no aceptase un sueldo al aceptar el cargo de confianza que me ofrecia; disfruto, pues, veinte mil reales anuales, que más no he querido recibir; ya ve V. que con veinte mil reales anuales de sueldo y mi corta renta no me puedo llamar pobre, aunque por tal me tenga la sociedad.

—Y dígame V., si no es indiscreta la pregunta: ¿cómo se llama ese caballero?...

—¡Ah! ahora me recuerda V... Ese caballero es algo pariente de V... ó mejor dicho, lo era del difunto marqués del Rosal.

—¡Cómo!... ¿Ese caballero es mi primo Perico?... exclama la marquesa.

—Sí, señora; me lo dijo en París, y ya lo había olvidado.

—Si él me ha escrito. ¡Jesús! ¿quién lo había de decir?

—Su nombre es D. Pedro del Valle.

—Justamente, Valle, como mi marido.

Renuncio á pintar el efecto que este descubrimiento produce en la marquesa y en Magdalena.

La discreta lectora lo comprende perfectamente.

Fernando se despide poco despues, renovando sus protestas de amor á Magdalena, que parece dominada por una profunda emocion.

Cuando sale Fernando, ya no puede contenerla, y da rienda suelta al llanto.

Su tia quiere consolarla, pero Magdalena se levanta, rechaza los halagos de la marquesa, y va á encerrarse en su cuarto.

Fernando sale de la casa de la marquesa, cruza la calle, y entra en el palacio de su nuevo protector.

—¡ Maldita vanidad !... exclama cuando entra en su habitacion, ¡Magdalena no me ama!...



## XI

## Un portero feliz.

—Ahí tienes el leviton, condenado. Ya lo tienes recosido otra vez. ¡Jesus! ¡yo no sé cómo tiene este hombre el cuerpo, que en seguida rompe los forros del leviton!... ¡Ya puedes decir á la señora que te compre otra librea!...

Así increpa al portero de la casa de la marquesa su propia mujer, una mujer flaca, hnesosa, con unos ojos como dos candiles y una lengua que, ¡válgame Dios! habla ella más en un dia que media docena de porterías en un año.

—Mujer, pero ¡qué mala voluntad me tienes! contesta con seráfica tranquilidad el portero, metiendo los brazos en las mangas del leviton.

—Es que me tienes ya frita con tu calma.

—Pero, mujer, en cuarenta años que llevamos de

matrimonio ya podias haber tomado con calma mi calma.

—¿No ves que yo soy una pólvora?... Vamos á ver, ¿cuándo le hablas á la señora?...

—Cuando ella me hable á mí; yo, sin que ella me hable, aunque me esté mal el decirlo, no le digo nada, por no incomodar.

—Pues es preciso que le digas que con ocho reales diarios no podemos seguir. Lo mismo nos daba el marqués, pero nos daba la comida.

—Pero la señora no es el marqués.

—Yo no puedo con ocho reales hacer milagros, y ya no estoy para trabajar, que he perdido la vista co-siendo.

—¿Y por qué no se lo dices tú á la señora?

—Porque si me dice que no, ya sabes tú quién soy yo.

—Ya lo creo que lo sé.

—Se me puede ir la lengua, porque como ella, aunque ahora es una señora, ántes ha sido lo que yo sé... por eso, si me dijera alguna cosa... en fin, que no quiero hablar de eso á la señora, porque más vale prevenir que tener que remediar.

—Pues eso es lo que yo digo.

—Pero, ¿qué dices?

—Eso, que yo no me atrevo.

—Tú no te atreves más que conmigo.

—La señora, la pobre, no está sobrada.

—Pues que no tenga porteros.

—¡Estaria bien que la casa del marqués del Rosal

estuviera sin portero! Yo he sido portero del abuelo y del padre del marqués, y aunque no me dieran nada, seguiria siendo portero en esta casa. Yo soy muy fiel.

—Y muy bruto.

—Si me sacaran á mí de este portal y de este cuartito, donde duermo hace cuarenta años, me moriría de pena. La casa ha venido á ménos, se han acabado los coches, ya no hay cocineros, ya no hay ayuda de cámara, ya no hay aquella media docena de doncellas, que tan buenos ratos me daban...

—¡Miren el viejo que no puede con la bula!...

—Ya no hay aquellas comidas, aquellos bailes... pero hay portería, y mientras yo viva la habrá.

—¿De modo que no le dices á la marquesa que nos dé siquiera los diez reales?...

—No, no se lo digo.

—¿Quieres que tu mujer se ponga á trabajar?

—Yo no.

—Pues no tenemos bastante con los ocho.

—Para comer unas patatas, hay bastante.

—¡Jesus! ¡qué hombre! ¡Cuidado que haberse pasado toda la vida siendo portero!...

—Portero fué mi abuelo y portero mi padre, y portero yo, y siento que no tengamos un hijo para que fuera portero.

—Tienes unas ideas...

—Yo no tengo ideas ni las necesito... Pero á ver quién viene.

En el portal de casa de la marquesa ha entrado un hombre.



—¿A dónde va V., caballero? le pregunta el benemérito portero.

—¿Es V. el portero de esta casa? le dice el hombre.

—Sí, señor, desde que nací, contesta Juan.

—Entonces, á V. busco.

—V. no tiene el honor de conocerme, digo yo.

—Mi señor quiere ver á V.

—V. debe venir equivocado, dice la mujer del portero; á mi marido nadie le quiere ver en el mundo.

—¿No se llama V. Juan?...

—Sí, señor, así me llaman hace muchos años.

—Pues V. es á quien busco. Mi señor desea verle.

—¿Y quién es el señor de V.? pregunta la portera?... Es V. del ayuntamiento, del juzgado ó del reparto?...

—El hombre se sonríe.

—No, señora, dice, soy un dependiente del dueño de la casa de enfrente.

—¡Ah, del señor de enfrente! exclama la portera.

—Que desea ver á su marido de V., á quien conoce hace tiempo.

—¿A mí?...

—Sí, señor, á V.

—¿Y qué hago? pregunta el pusilánime portero á su mujer.

—¿Qué has de hacer?... Presentarte. Anda con el señor...

—Bien podías ir tú...

—¡Jesus! ¡Qué hombre! ¿Crees que te van á comer?...

El portero no replica más ; se abrocha el leviton y sigue al criado del vecino.

Poco despues cruza , lleno de asombro, salas y salones de la magnífica mansion, hasta llegar á un hermoso comedor donde están almorzando dos caballeros, que son Fernando y Perico Valle.

Juan hace exageradas cortesías, con grave riesgo de perder el equilibrio resbalando en el encerado del pavimento, y no acierta á hablar.

—Sí; el mismo, el mismo es el bueno de Juan, tan listo como siempre, tan bolonio como siempre. Vamos, hombre, no hagas más cortesías, y toma esta copa de Jerez, y bébetela á mi salud.

Así habla á Juan el caballero del gorro bordado, ó sea Perico, el primo de la marquesa.

Juan no sabe lo que le pasa.

Maquinalmente toma la copa que en una bandeja le presenta uno de los criados, se la bebe y se echa á llorar...

—Señoritos, murmura, yo... aunque me esté mal el decirlo... y sin que sirva de incomodidad...

—Nada, no ha variado, es el mismo de siempre, repite Perico; pero, hombre, añade, mírame y dime si me conoces.

Juan, con el vinillo, ha cobrado ánimo y mira á Perico.

—¿No me conoces? pregunta este.

—Señorito, no le conozco á V. más que para servirme...

—¡Já, já, já! Pero, ¿es posible, bárbaro, que no

me conozcas?... ¿Tú no te acuerdas del marqués?...

—Sí, señor, todos los días, y parece que lo estoy viendo cuando por la noche á las tantas venía con su capita y su sombrero calañé, que parecia propiamente un caballero, y á todas las mujeres se las llevaba de calle.

—Y si te acuerdas del marqués, ¿cómo no te acuerdas de mí, bárbaro?... Ven, hombre, siéntate y toma otra copita.

Juan vuelve á beber y á relamerse de gusto.

—Mírame bien ahora.

—Sí, señor.

—¿Quién soy yo?

—Lo que es el marqués, que esté en gloria, no es usted.

—Digo, si tiene talento, observa Perico. Pero, ¿es posible que no te acuerdes del compañero inseparable del marqués, de quien tanto te hacia rabiar y tantas veces te enviaba con cartas pidiendo dinero?...

—¡Ay, Dios mio! V... digo V. S., digo V. E.

—Ni V. S. ni V. E., á mí no me pongas motes.

—V. es el señorito Perico, digo, D. Pedro... el primo del marqués.

—¡Acabáramos, hombre!

—¡Ay, Dios mio! déjeme besarle la mano... Todos creíamos que V. se habia muerto, que le habia sucedido algo; pero mire V., mi mujer, siempre que hablábamos de V., pongo por caso, y mejorando lo presente, siempre decia:—Anda, que el mejor dia parecerá, porque cosa mala nunca muere.



—Hombre, gracias; se conoce que tu mujer tiene buena opinion de mí. ¿Y se conserva tu mujer?...

—Sí, señor, se conserva.

—Recuerdo que no era mala moza; con los ojos muy vivos, metida en carnes.

—Pues ahora, ya la verá V., está metida en huesos.

—¡Já, já, já! recuerdo que te tenia metido [en un puño.

—Y aún me tiene, señor.

—Conque, vamos á ver, cuéntame qué ha pasado durante mi ausencia. Mi primo se casó...

—Sí, señor, se casó, y al poco tiempo le cogió el toro.

—Sí, ya supe que murió trágicamente, viniendo á encerrar toros.

—Yo se lo tenia pronosticado.

—¿Que le habia de coger un toro?

—Que habia de morir de mala manera, porque con aquel genio que tenia, nada se le ponía por delante, y atropellaba por todo, y siempre andaba de jarana.

—¿Y la marquesa?...

—Tan buena; es una señora, sin agraviar á nadie, que puede presentarse donde se presente otra.

—Sí, ya sé que es una señora, aunque de humilde origen.

—Humilde, no señor, que es más vanidosa... y tiene un predominio y un fuero... y así me gusta á mí, porque una señora ha de ser una señora,

y á ella nadie le puede quitar que sea lo que es.

—Hablas como un libro.

¿Y estás contento en la casa?

—Sí, señor, ya ve V., como que he nacido en esa casa y le tengo ley. Mi mujer es la que no está contenta, porque dice si la marquesa fué esto ó lo otro, pero lo que yo digo, ahora es la señora, la viuda de nuestro amo, y hay que tragarla... y á nosotros no nos toca más que callar.

—Alabo tu prudencia.

—La señora no nos da más que dos pesetas, porque el marques no le dejó para tirar de largo, pero yo la sirvo por mi amo, y por el padre de mi amo, y por el abuelo de mi amo, y porque quiero morirme donde he nacido, y porque soy como un perro, que si me echaran de la casa á palos, volveria meneando la cola...

—Basta, hombre, basta, no hagas comparaciones. Dime, ¿y visita mucha gente á la marquesa?...

—¡Vaya! todas las señoras de Madrid, la marquesa de la Azucena, la condesa del Fresno. un monton de grandes de España...

—Y vamos á ver, la marquesa, ¿no ha tenido ningun novio?...

—¡Calle V., por Dios!... ¡Novios! en casa no entra un novio para un remedio; solamente mi mujer tuvo hace muchos años uno que era sargento de granaderos... no, no crea V. que era cosa formal, sino por hacerme rabiar á mí, y lo supo el marqués, y llamó á Basilisa, ya sabe V. que mi mujer se llama Basili-

sa; y con ella estuvo encerrado haciéndola reflexiones, porque aunque él era tan alegre... eso sí, por mí era capaz de cualquier cosa, y en fin, que el sargento vino á darme una satisfaccion y á decirme que no tuviera ningun cuidado.

—Vamos, se portó bien.

—Sí, señor, y quedamos tan amigos; luego le mataron en un pronunciamiento, y lo sentimos mucho mi mujer y yo.

—¿Y la sobrina de la marquesa?

—¡ Ah ! la señorita Magdalena. Es una santa ; la pobre siempre triste, siempre con los ojos de haber llorado. Mi mujer dice que es porque se ha quedado pobre... pero ella es muy buena, muy buena.

—Pues, amigo Juan, no quiero detenerte más; hazme el favor de decir á la marquesa que te he mandado llamar y que le pido permiso para ir á ponerme áus pies. ¿Lo dirás bien?...

—Como V. lo dice.

—Y toma esa onza para que le hagas un regalo á tu mujer.

—Señor... V. va á tener el honor de que yo no tome nada...

—No seas tonto , y tómala.

—La tomo porque V. no diga que soy pobre y soberbio, y porque mi mujer me arrancaria los ojos si supiera que no la habia tomado.

—Ya le diré yo algo á tu mujer luego, que iré á ver á la marquesa.

—¡Jesus! ¡si parece mentira!... ¿Quién me habia de



decir que habia de ver todavía al señorito?... ¡Qué contento se pondría el marqués, si viviera! Él que sintió tanto que V. se fuera sin decir á dónde. .

El portero sale haciendo cortesías como cuando entró, y corre á su portal con la onza en la mano.

—¿Qué traes? le dice su mujer, que esperaba impaciente la vuelta.

—Lo que tú no has visto en mucho tiempo. Soy feliz, soy feliz. ¿Sabes quién es el vecino de esa casa?

—Un inglés.

—¿Inglés?... ¡Qué ha de ser inglés? Es el señorito. el señorito.

—¿Qué señorito?...

—El primo del marqués, el señorito Perico.

—¡Ave Maria Purísima!

—¡Ha vuelto!...

—¿Está vivo?...

—Apénas está vivo; mira.

—¡Una onza!... Trae...

—Eso no.

—¡Juan!

—¡Basilisa!

—O me das la onza, ó nos van á oír los sordos.

—Toma, mujer, toma.

—Cuéntame, cuéntame.

—Espera, que voy arriba á dar un recado á la marquesa.

—Pues baja pronto, que luego voy á salir á comprarte un poquito de escabeche para ponértelo con tomate. ¿No te gusta?... te traeré lo que quieras.

—Bueno, bueno; veo que hoy me quieres un poco.

—Baja pronto á contármelo todo. Cuidado, no sea que te pises la librea al subir los escalones y te caigas. Levántate los faldones.

—Bueno, mujer... ¡Digo, lo que puede una onza!

## XII

### El primo y la prima.

El portero ha cumplido el encargo de Perico, y ya está la marquesa advertida de la visita.

Catalina Lopez llama á su doncella, se hace peinar con mayor esmero que nunca, se viste sencillamente pero con cierta coquetería, se pone una rosita en la cabeza, y espera á su primo Perico, dispuesta á conquistar la simpatía y el afecto del millonario.

Magdalena se ha encerrado en su habitacion, y ya ha recibido con enojo dos veces á su tia, que ha ido á consolarla y hacerle prudentes reflexiones.

Y casi casi se alegra la marquesa de que no asista Magdalena á la entrevista que se prepara.

La marquesa se pasea por su elegante gabinete, no tan elegante como ella lo quisiera tener en aquel momento, se detiene siempre que pasa por delante de los espejos, y se mira con cierta complacencia.

Creo que la marquesa olvida la fecha de su nacimiento.

Y no es extraño, porque todavía está la marquesa muy hermosa, y no representa más de treinta años; para hacer creer que no tiene más edad de la que representa, siempre cuida de advertir que se casó muy niña.

La visita del millonario le preocupa extraordinariamente.

La llegada á Madrid de un Creso semejante ha de producir gran sensacion; Perico va á ser el héroe de la alta sociedad, el mimado de todas las madres de hijas casaderas; todo aquel lujo reunido en la casa por encanto edificada, hace comprender las aficiones y los gustos del poderoso dueño; su fausto va á eclipsar seguramente el de las más ricas familias... La conquista de este hombre extraordinario seria un gran triunfo para la marquesa.

Tiene de su parte la ventaja de que ella es la primera persona á quien va á visitar Perico, la de vivir enfrente de su casa... y en fin, cuenta con su gracia, con su donaire y con su hermosura.

Todas las esperanzas que sonreian á Magdalena hasta que las vió cruelmente desvanecidas por el mis-



mo en quien tanto confiaba, sonrien ahora á Catalina Lopez, que se apresta á emplear todos sus recursos en la conquista del primo Perico.

Pensando está en todo esto, cuando la doncella abre la puerta del gabinete y dice:

—Señora, el primo de V. E. pide permiso...

—Que entre, que entre.

—Catalina ha entornado el balcon; la media luz favorece mucho la belleza de la marquesa.

Perico entra; la marquesa le alarga la mano, que aquel estrecha entre las suyas.

—Mil y mil gracias, querida prima, por la bondad con que me ha autorizado V. á ponerme á sus pies respetuosamente.

—Primo mio, veo que olvida V. lo que me decia en su ingeniosa carta.

—La recibió V. ¡cuánto lo celebro!

—Sí, la recibí; en esa carta me decia V. que cuando viniera á verme, no emplearia en la conversacion el ceremonioso *usted*.

—¡Ah! es verdad; bien te acuerdas, prima mia... Pero permítame que me indigne de que haya en el mundo personas sin vergüenza capaces de mentir para rebajar el mérito que no pueden negar...

—No te entiendo, primo.

—Lo digo porque en Lóndres y en París varios amigos de tu marido me han hablado de ti diciéndome que eras graciosa, amable...

—Y me han hecho mucho favor, más del que merezco.

—¡Qué es favor! ¡Te han hecho una injuria, porque tú no eres graciosa y amable, sino hermosísima y adorable!

—¡Jesus! ¡qué exageracion! en tantos años de ausencia de tu país no has perdido tu carácter... ¡Tú eres sevillano como mi marido?

—Sí, hijita, del propio Sevilla, y bautizado en el Sagrario.

—Basta. Veo que te pareces en todo á mi pobre marido.

—Sí; el aire de familia; en todo fuimos parecidos él y yo, ménos en la suerte.

—Pues tú creo que la has hecho.

—Pero él se casó contigo.

—Por Dios, Perico...

—Hablemos de otra cosa, si te enoja mi franqueza.

—¿A qué mujer enoja la galantería culta y delicada?...

—Ni culto ni delicado has de llamarme; con la diferencia de que ahora tengo mucho dinero, soy lo mismo que ántes, tan aturdido, tan independiente, tan liso y llano, tan descarado y poco amigo de miramientos... Has de saber que yo, perteneciente á una noble familia, me he reído siempre y sigo riéndome de la aristocracia y de sus pretensiones...

—No lo apruebo.

—Sí; ¡pues no lo has de aprobar!... A tí la aristocracia te debe hacer el efecto que á mí, porque, segun he sabido, no has pertenecido nunca á esa clase hasta que mi primo se casó contigo... Por eso precisa-

mente he querido conocerte á tí ántes que á nadie á mi regreso á Madrid, y tu amistad es para mí más preciosa que la de toda la nobleza habida y por haber.

—Yo te agradezco...

—Hija, quien ha visto tanto mundo como yo, conoce ya todas las comedias de la sociedad... Ahora, vengo á Madrid á reirme, á divertirme, á gozar en la sorpresa de los que hace veinte años se reían de mí y me despreciaban por pobre, y necesito una amiga como tú que me enseñe todas las figuras que representan la comedia en esta temporada en la sociedad.

—Tu franqueza me encanta. Cualquiera diria, oyendo esta conversacion, que nos conocemos hace muchos años.

—En efecto, á mí mismo me lo parece. Yo me conozco, soy feo, no tengo talento, ni distincion, ni elegancia, ni sirvo para maldita la cosa en el mundo; pues verás qué gran papelon hago porque tengo dinero, verás cómo soy sabio, hermoso, distinguido, eminente y famoso.

—Muy mala opinion tienes del mundo.

—Le hago justicia.

—¿No has tenido amigos?...

—Uno solo tengo.

—Ya le conozco; ha estado aquí ántes.

—Sí; lo sé; me ha referido sus amores con una sobrina tuya. Ese, ese es mi amigo, ese es el hombre de noble inteligencia, de corazon hidalgo, de alma sublime, á quien he consagrado todo mi afecto.

—Nos ha dicho que es tu secretario.



—He tenido que darle ese empleo para que acepte lo que de otro modo no hubiese aceptado. Antes se habria dejado morir de hambre. Está muy enamorado de su Magdalena , todo me lo ha contado, y el pobre tiene una desconfianza y un temor.

—¿De qué?

—De que su adorada no le ame.

—No tiene motivos para dudar.

—Fuera ella una grandísima coqueta si no le amase, porque no hay en el mundo hombre más digno de ser amado. ¿Y esa señorita? Tengo deseos de conocerla despues de lo mucho que de ella me habló siempre Fernando.

—Hoy está algo indispuesta. Despues que estuvo aquí Fernando la hice retirarse á descansar. Las emociones naturales en semejante ocasion... Le esperaba hace seis años... y luego se han renovado en ella en este dia profundas heridas todavía no cicatrizadas... La pobre está huérfana , está pobre...

—Otro dia tendré el gusto de ofrecerle mis respetos. Fernando me ha dicho que es hermosísima , más que eso, me ha dicho que es celestial.

—Es muy hermosa, en efecto.

—Prima mia , basta ya para primera entrevista.

—Tan pronto...

—¡Oh! tiempo tendremos de hablar mucho ; mis visitas serán muy frecuentes ; cuando encuentre una verdadera amistad , soy un amigo muy pesado. Llegarás á cansarte de verme.

—Eso no ; la amistad que me ofreces me es suma-

mente grata, y yo te ofrezco la mia de todo corazon.

—Hemos simpatizado, y esta es la mayor fortuna de mi vida. Entre nosotros no ha de haber secretos.

—Ninguno.

—¡Ah! como somos parientes, no tiene nada de particular, me parece, que yo te haga un regalo.

—Eso...

—Mañana llega de París, y tendré el gusto de enviártelo inmediatamente.

—Pero...

—No es nada, hija, ni vale nada; es una carretela...

—Perico, por Dios, ¿una carretela?...

—En París me dijeron que la viuda del marqués del Rosal no tenia coche propio, y me pareció que era ese el mejor regalo que te podia ofrecer. Es un carruaje de última moda, y le he hecho pintar las armas de mi difunto primo.

—¡Pobre marqués!... Fué bien desgraciado...

—Al carruaje acompañan dos yeguas de Tarbes.

—Pero yo no puedo aceptar...

—De otro no, pero de un pariente que viene del extranjero, rico, despues de tantos años de ausencia. puedes aceptar ese regalo, sin que nadie pueda murmurar...

—No, no lo acepto.

—Entónces, aquí acaba nuestra amistad, y no vuelves á ver á tu primo Perico.

—Eso es ponerme en un compromiso.

—Pues acepta mi insignificante regalo.

—Con esa amenaza, no tengo otro remedio.

—Así me gusta... ¡Ah! se me olvidaba una cosa esencial; ¿cómo te llamas, prima mía?...

—Gatalina.

—¡Que me place! me gustará más llamarte por tu nombre que marquesa ó prima.

Y esta fué la primera entrevista de Perico y la marquesa del Rosal.

Esta quedó encantada de su primo, y á Perico le pareció su prima una mujer de mucho ingenio.

—Es como era mi marido, se dijo la marquesa; con pretensiones de hombre corrido, y en realidad un bobalicon. Su conquista no me parece que ha de ofrecer dificultades... y casi estoy por creer que le tengo conquistado ya.

—Amigo, dijo Perico á Fernando, cuando volvió á casa, he visitado á mi prima, y es una mujer que me enamora. Mi primo, que esté en gloria, tenía un tino especial para encontrar mujeres de mérito. La marquesa sería la mujer más bonita de Madrid cuando tenía veinte años... Todavía me volverá loco, si quiere. Debe ser una culebrona... Y á V., ¿qué le ha parecido?...

—¡Hombre! á mí me preocupa otra cosa.

—Amigo, á la sobrinita no la he visto; está algo indispuesta. Dice la marquesa que la emocion de la entrevista con V....

—Sí, sí; eso ú otra cosa.

—Es V. muy desconfiado...

—Es que amo mucho.



—Verá V. como sus temores son infundados...

—Dios lo quiera. ¿Ha hablado V. á la marquesa de la gran fortuna con que le ha favorecido á V. la suerte?...

—Por supuesto.

—Bien. Poco tardaré en saber lo que deseo saber.

### XIII

#### Tarjetas y memoriales.

El palacio maravilloso de la calle de Segovia no habia excitado solamente la curiosidad de la marquesa y Magdalena, sino la de todo Madrid.

La prensa habia hecho descripciones de aquella maravilla, y en Paris sorprendió á Fernando un periódico ilustrado que publicaba una vista de la fachada.

Todo el mundo tenia, pues, gran curiosidad por saber quién era el afortunado dueño de tanta riqueza, y rápidamente corrió la noticia por todo Madrid, no

bien la mujer del portero de la marquesa la comunicó en confianza á sus amigas las porterías de las casas inmediatas.

En los primeros momentos, la noticia de la portera corrió notablemente desfigurada, y de exageración en exageración, de mentira en mentira, se hicieron las más absurdas suposiciones acerca de la tal casa y de sus moradores.

Decían en el barrio que la casa se había hecho para iglesia protestante, en celebridad de haber establecido la revolución de Setiembre la libertad de cultos, y que el domingo siguiente se abriría al público, y habría unas funciones muy bonitas, en las cuales, á todo el que asistiera se le darían cinco duros y un par de botas ó zapatos, ó un corte de chaleco, ó acaso de vestido para la señora.

Algunos patriotas aseguraban que no había tal iglesia protestante, y sí que en aquella casa se ocultaba la familia real destronada por los revolucionarios, la cual una mañana sería proclamada por varios regimientos, y conducida desde allí al Palacio.

Y no faltó quien propuso en el club de las Vistillas que se invadiera la nueva casa por dos docenas de buenos progresistas para descubrir y apresar á los reaccionarios que en ella debían hallarse, así como á las reales personas.

Un vecino de la calle de Segovia, cesante, y como cesante, poco dispuesto á la benevolencia respecto de los revolucionarios que le habían quitado el pan, hizo correr la especie de que la suntuosa finca era

propiedad de un personaje de la revolucion, enriquecido de pronto, merced al desbarajuste de los primeros dias de la *gloriosa*.

Y en verdad que esta especie no dejó de encontrar personas que la creyesen exacta.

Al fin, súpase la verdad por medio de *La Correspondencia*, que es por donde se saben en España las verdades y las mentiras; en uno de sus números apareció el siguiente suelto, enviado por Fernando:

«Estos dias han corrido los más absurdos rumores acerca del hermoso palacio construido recientemente en la calle de Segovia, que tanto ha llamado la atención por su belleza, y sobre todo por la pasmosa rapidez con que ha sido edificado. Todas las suposiciones que se han hecho acerca de los moradores de ese precioso edificio, son otras tantas patrañas. El afortunado dueño de la finca es el opulento y distinguido capitalista Sr. D. Pedro del Valle, de la familia de los marqueses del Rosal, que despues de largos viajes por todo el mundo, y cuando se le creía muerto, ha vuelto á su patria á vivir tranquilamente, y ha tenido gusto en edificar su vivienda frente á la antigua casa de su familia, ocupada hoy por la señora viuda del marques del referido título.»

El dia siguiente á la noche en que se publicó el anterior suelto aclaratorio, Fernando y Perico hicieron una expedicion á Aranjuez; en este real sitio vivia una anciana señora, tia del primero, y este la habia sostenido siempre con una pension decorosa; la pobre señora estaba paralítica, y Fernando, conociendo



do que le daría gran satisfacción con su visita, aprovechó la primera oportunidad de cumplir aquel deber tan grato para él. Perico le acompañó, deseoso de ver otra vez el hermoso real sitio.

Estuvieron, pues, todo el día fuera de casa, y no pudieron advertir el movimiento que hubo en la calle de Segovia.

Más de trescientas personas, unas á pié, otras en coche, llegaron al suntuoso palacio; unas dejaron tarjetas, otras papeles, que un criado reunió en dos bandejas para presentarlas luego al amo.

Y todo el día hubo gente por allí, esperando, sin duda, ver salir ó entrar al opulento personaje que había venido de luengas tierras con tanto dinero como daba á entender el suelto de *La Correspondencia*.

A las nueve de la noche volvieron de Aranjuez Fernando y Perico.

—¿Ha sucedido algo? ¿Ha venido alguien? preguntó Fernando á uno de los ayudas de cámara.

—¿Que si ha venido alguien?... No, señorito, ha venido todo Madrid.

—¿Qué dice V.?

—Sí, señor; más de trescientas personas han venido á preguntar por D. Pedro del Valle, y sobre el velador de la sala de café encontrará V. dos bandejas, donde hemos puesto lo que han dejado.

—¡Hombre! ¿Regalos?... ¿Le hacen regalos á don Pedro?

—No, señor; son tarjetas, cartas y papeles... memoriales acaso.

—Vamos á ver eso, Fernando, dice Perico.

—Sí, sí; vamos á ver, debe ser curioso.

Entráronse los dos amigos en la sala que les habia designado el ayuda de cámara, y se sentaron delante del velador.

Fernando comenzó á repasar las tarjetas. Habíalas allí de personas cuyos nombres no eran desconocidos para Perico; pertenecian á antiguos amigos de la familia de los marqueses del Rosal; pero la mayor parte de las tarjetas era de sujetos completamente desconocidos.

Fernando iba leyendo:

—Mr. Molar, dentista del emperador, y callista del rey de Prusia.

—Benjamin Gonzalez ofrece á V. su gabinete ortopédico. Especialidad en aparatos...

—Basta, basta.

—Juan Enreda, director de *La Alta Banca*, periódico de intereses materiales.

—¡Y tan materiales!...

--Jorge Clavo, profesor de veterinaria. Segovia, 3.

—¡Canarió!...

—Como supondrá que tenemos caballos:...

—Es verdad.

—Mlle. Amelie. Príncipe, 96, principal.

—¡Hombre! ¿quién será esa señorita tan fina que me envia su tarjeta?...

—Alguna...

—Alguna modista ó corsetera. Creerá que soy casado.

—Eso es. Vamos á ver los papeles y las cartas.

—Sí, ahí habrá más variedad.

—«El ministro de Hacienda besa la mano á D. Pedro del Valle, y tiene el honor de suplicarle que asista mañana juéves á la una á su despacho, con objeto de celebrar una reunion con los principales capitalistas á fin de tratar de una nueva operacion financiera, para la cual es preciso el concurso patriótico de las personas que representan la riqueza en esta capital.

Dios, etc., etc.»

—¡Hombre! ¡Me gusta!...

—Esto es que la revolucion necesita dinero. Esta es una carta.

—Vamos á ver.

«Perico de mi vida, no te acordarás ya de mí. Pues soy la Blasa, ya sabes, aquella que tanto te quiso. y que por tí la echó su tia de su casa...

—Pues que se lo cuente á su tia.

—Continúo:—«de su casa, lo cual que desde entonces no he levantado cabeza, esperando que volvieras y siempre con ese pío, y ahora vivo en la calle del Amor de Dios, núm. 80, en compañía, y estoy mala, que dicen los médicos que sólo con las aguas del Molar me pondré mejor, aunque no cure. Anoche leí en *La Correspondencia* tu vuelta, y este es el motivo de molestarte, y si tienes conciencia, no te digo más. Tanto como me querias, aunque yo te quise más... ahora se ha de ver. Queda tuya que te ama y ver desea,—*Blasa.*»



—¡Vaya si tiene memoria la maldita!

—Le enviaremos quince ó veinte duros á esa pobre víctima.

—Como V. quiera ; yo no recuerdo quién es ; he conocido tantas...

—Veamos esto que parece un oficio:—«Los que suscriben, patriotas del barrio, suplica á V. se sirva contribuir para costear una bandera que tratamos de regalar al general Serrano, vencedor de Alcolea. ¡Viva la libertad! Una comision pasará mañana á recoger la contestacion. ¡Abajo los Borbones!»

—No me parece mal.

—Esta carta parece formal:—«Sr. D. Pedro del Valle: Muy señor mio: Acaso no recordará V. que cuando se fué de Madrid me debía V. 1,700 reales, importe de varias prendas de vestir, cuya cantidad me sigue V. debiendo, y espero que ahora me la satisfará, habiendo mejorado de fortuna. La mia es mala, gracias al demonio, y suplico á V. pague ese pico á mi dependiente, que irá mañana á las doce á recogerlo. Ofrezco á V. mi obrador en la misma casa de la calle de Carretas, núm. 97, y me repito su afectísimo seguro servidor que besa su mano,—*Lúcas Dobladillo.*»

—Como esa habrá muchas.

—Todo se pagará.

—Si V. se empeña, señor secretario, dice jovialmente Perico.

—Es preciso. Esta es otra comunicacion oficial:—  
«El alcalde popular de Madrid besa la mano al señor

don Pedro del Valle, y le invita á contribuir con la cantidad que guste para redimir á los quintos de esta capital, mientras se dictan las leyes para realizar la abolicion del odioso tributo de sangre, cumpliendo así el programa de la gloriosa revolucion de Setiembre. De los sentimientos patrióticos de V. no puede dudarse que contribuirá con la mayor cantidad posible á tan b n fico objeto.

—Con mucho gusto contribuirá V., amigo mio,  no es verdad?

—S , señor, s ; todo lo que V. quiera.

—Mañana enviaremos seis mil reales al alcalde popular.

— Hombre!   ver de qu n es esta carta con tantas letras de adorno.

«El que suscribe, cesante, con veinte años de servicio, casado y con seis hijos, desea una colocacion,» etc., etc.—Nos informaremos.

— Y esta otra tan pequeñita?...

«Sr. D. Pedro del Valle: Yo cre  que habia usted muerto, y estaba tranquila. Ahora, viviendo V., no lo estoy ya, porque en poder de V. existen cartas mias. Caballero, estoy casada, y mi marido va   ir   ver   V. para proponerle no s  qué planes relativos   cierto invento. Recuerdo que cuando nos conocimos era V. muy indiscreto; si ahora lo fuera V., si con mi marido, que es muy hablador, recordara V. su juventud, la fatalidad podria hacer que mi secreto lo descubriera precisamente el que no lo debe saber, y me mataria, caballero, me mataria. Por Dios,

caballero... Yo soy la que vivía en la calle de Hortaleza, junto á las Recogidas. V. no me habrá olvidado, porque me parece que no me puede V. haber olvidado. Y si me ve V. en la calle, ó en el teatro, con mi marido, por Dios, caballero, por Dios... Yo no he variado nada, y me reconoceria V.... Para más señas, diré á V. que soy aquella á quien V. llamaba *monina*.

¡Por Dios, caballero!...

—Sí que me acuerdo de ella; era feíta, pero con gracia.

—Veamos esta otra.—«Caballero, mi señora conoció á V. en otro tiempo, segun me ha dicho, y recuerda que era V. un hombre de gran ilustración y superior inteligencia. Hoy que ha vuelto V. opulento á su patria, ¿en qué mejor ha de emplear sus riquezas que en ayudar al genio á alzar el vuelo?...

—¡Hombre! pronto hemos tropezado con el marido...

—Continúo: —«He inventado un aparato para cruzar el espacio, que no es globo ni nada parecido; mi aparato, que le llamo *bombé aéreo*, tiene la forma de este antiguo y ya casi desconocido carruaje, y está resuelto el problema de elevarse en él y cruzar el ether en todas direcciones, deteniéndose á voluntad, y dándole más ó ménos velocidad. Para ir desde la plaza de Palacio á descender en lo último de la calle de Espaderos, en Lima, no se necesitarian más de dos horas. Pero yo estoy cesante, y necesito una persona que me dé la mano. ¿No seria una gloria para V. asociarse con la suma de cuatro ó cinco mil duros á una



empresa de tanta utilidad para la humanidad?... Tendré el honor de pasar á ver á V. y exponerle mi plan. Desde luego invito á V., si, como espero, me presta su proteccion, á ocupar conmigo el primer *bombé aéreo* que se ponga en circulacion, haciendo el viaje á Lima, para lo cual saldremos de Madrid por la mañana temprano, estaremos en Lima unas horas, y volveremos á esta córte por la tarde. No quiero ser más extenso, porque á nuestra vista lo verá V. todo claro como la luz del sol. Es de V. respetuoso servidor que besa su mano, —*Arturo Malatesta.*»

—No deja de ser buena proporcion; á ese le ha vuelto loco su mujer.

—¿Qué oficio es este?... ¡Ah! que le han nombrado á V. hermano mayor de las Animas, y protector, y fundador, y mayordomo y camarero...

—¡Eche V. honores!

—Esta es una circular de una Agencia de negocios que le ofrece á V. grandes cruces españolas á precios módicos, segun tarifa que acompaña.

—Me gusta la moralidad.

Y no terminaria nunca este capítulo si fuese á copiar aquí todas las cartas que habia en aquel enorme monton.

Gran parte de la noche estuvieron examinándolas Fernando y Perico, y aunque la operacion fué larga, no dejó de ser entretenida.

Cuando terminaron, Fernando separó algunas en que se pedia limosna al opulento señor, y manifestó su deseo de que se tomaran los informes convenien-

tes para socorrer á las personas que lo solicitaban, si eran dignas de ser socorridas. Perico dijo á Fernando:

—Celebro que hayamos encontrado todo ese fár-rago esta noche.

—¿Por qué?

—Porque se ha distraído V. un poco de su tristeza, que es cada vez mayor desde que hemos llegado á Madrid.

—¡Ay! amigo mio, exclamó Fernando. Ya sabe V. la razón; temo ser desgraciado cuando creía ser feliz.

—Pero ¿tiene V. fundamento bastante para creerlo así?...

—Nunca me ha engañado el corazón, y ahora el corazón me dice que no me haga ilusiones.

—¿Y no sería mejor, amigo Fernando, que desistiera V. de...?

—¡Ah, no, no desistiré!... ¡ya no desistiré! Y usted me ha dado su palabra de honor...

—Y la mantengo...

—Pues adelante, y sea lo que Dios quiera.

Y poco después se recogieron los dos amigos.

Perico durmió como un bendito.

Fernando pasó la mayor parte de la noche pensando en Magdalena.

## XIV

De cómo Perico se hizo el héroe del día, y Fernando  
sufrió un desengaño.

Perico se ha dado al público, y es el héroe de Madrid.

Sus coches, los que la marquesa y Magdalena vieron entrar en la casa de la calle de Segovia, y otros adquiridos en Madrid, han producido gran efecto en la Castellana.

En el Casino ha perdido Perico veinte mil duros una noche, quedándose tan fresco ó más que yo si perdiera dos ochavos, y esto ha causado gran sensación.

En el Circo del Príncipe Alfonso ha tomado abono de un palco platea y dos butacas; al alcalde popular le ha enviado seis mil reales para redimir quintos, diez mil para hacer uniformes á la milicia, cinco mil por un palco para los toros en una corrida á bene-



ficio del Hospital, y al ministro de Hacienda le ha tomado la *mar*, como ahora se dice, de un papel nuevo que se llama *bonos*, ó qué sé yo.

Perico es un héroe, un sér superior.

Ya le han ofrecido distrito por si quiere ser diputado; le han brindado con la direccion de unas cuantas sociedades de crédito; le han querido hacer comandante de la milicia, y todos los políticos andan gravemente preocupados procurando saber cuáles son las opiniones políticas del flamante millonario, que, sea lo que quiera, está acreditándose de gran liberal.

Fernando le acompaña siempre, y no deja de ser solicitado por los que desean saber lo que piensa el grande hombre, ó quieren merecer la amistad de éste, pero se manifiesta reservado, modesto, humilde, dentro siempre de su papel de secretario.

Y no deja de ofrecer singular contraste la actitud digna, severa, á la par que sencilla y modesta, de Fernando, con el desparpajo y la insolencia de Perico; el lenguaje de aquel es siempre comedido y discreto; el de éste libre, desvergonzado, de mal gusto.

Pero en aquel apénas se fijan las miradas, ni merece atenciones más que de los que solicitan algo del grande hombre; y en cambio se celebran todos los dicharachos y jocosidades de éste, y van haciéndole los parásitos que ya le rodean una gran reputacion de hombre de talento.

Si quisiera ser ministro de Hacienda, no tendria más que hacer una leve indicacion. Precisamente se

está buscando con empeño, y no se encuentra ni con candil un ministro de Hacienda.

Pero él no quiere meterse en esos belenes.

—Yo, dice, no quiero más que divertirme y gastarme alegremente mis dos millones de duros. No hay quien pueda conmigo.

Excuso decir que ya le conocen y estiman todos los que no querían tener con él ningún trato cuando no tenía una peseta; que le han hecho visita todos los amigos y conocidos de la familia de los marqueses del Rosal, y que la marquesa, por la circunstancia de tener tal pariente, ha ganado muchísimo en consideración, y respeto, y admiración de las gentes.

Perico está encantado.

Fernando contempla aquel triunfo con amarga sonrisa de desden profundo.

.....

Magdalena ha conocido ya á Perico, quien ha hecho tales extremos de asombro ante la peregrina hermosura de la huérfana, que ésta no ha podido ménos de sonreirse en medio de su tristeza, y ya dice la marquesa que á su sobrina solamente se la ve reir cuando habla con Perico.

Y es cosa extraña que cuando Magdalena se sonrie oyendo las exageraciones y los piropos de Perico, la marquesa, que es más risueña que Magdalena, se pone seria y grave.

No sé si será esto porque desde que Perico ha conocido á Magdalena, ya no prodiga sus lisonjas á la marquesa, ni le regala el oido con alabanzas, y guarda

todos los donaires y todas las galanterías, aunque no del mejor gusto, para Magdalena.

Indudablemente entre la tia y la sobrina no hay ya aquella confianza, aquella expansion, aquel afecto que durante cerca de un año las habia unido como á dos hermanas.

Al contrario; algunas veces suelen demostrarse cierto enojo, y ya han advertido los criados que tia y sobrina se hablan ménos que ántes, y con ménos cariño, con ménos intimidad, con más ceremonia, con más reserva.

La marquesa ha hecho gran efecto con el carruaje que le ha traído de Paris su primo Perico, y una de las doncellas advierte que la señora va más contenta cuando sale sola que cuando la acompaña su sobrina.

Pero dejemos todos estos detalles, aunque no son ociosos en esta narracion, y digamos algo de los amantes, de Fernando y Magdalena.

Ha pasado ya con exceso el tiempo de luto para Magdalena.

Fernando ha visitado frecuentemente á la huérfana, usando del permiso que le ha otorgado la marquesa; pero todavía no han hablado seriamente del proyecto concertado años há, cuya realizacion espera Fernando con el afan natural en un corazon tan leal y tan apasionado como el suyo.

Acaso ha tenido Fernando ocasion de advertir que Magdalena no es con él tan cariñosa y expansiva como él desea; acaso ha sorprendido en ella alguna



frase amarga; acaso, en fin, tiene algun motivo para creer algo debilitado el amor de Magdalena; pero ni una queja ha salido de sus labios, y ménos ha demostrado la menor sospecha.

Una tarde que la marquesa estaba muy ocupada con la modista, que no acertaba á interpretar bien los gustos de su elegante parroquiana, quedaron solos Magdalena y Fernando. Y áun tengo motivos para sospechar que la misma marquesa procuró aquella ocasion con ánimo de que Fernando pudiera explicarse francamente con su adorada.

Y en efecto, Fernando habló así á Magdalena:

—Magdalena mia, ¿te parece que es ya tiempo de que hablemos del porvenir?...

—¿Del porvenir?...

—¡Sí! nuestro amor, como todo amor puro, firme é inextinguible como el nuestro, tiene una noble y sagrada aspiracion... el matrimonio.

—Fernando...

—Desgraciadamente, tus padres han muerto, y eres libre de tus acciones, como yo lo soy de las mias. Nada, pues, se opone á nuestra felicidad.

—¡Nada! es verdad.

—Entónces, Magdalena, amada de mi corazon, ¿cuándo quieres que el sacerdote bendiga en nombre de Dios nuestro amor?... No retardes mi ventura.

Magdalena calla.

—Por Dios, Magdalena... no comprendo ese silencio... ¿No me amas ya? Vale más que me lo digas

francamente; vale más que me arranques del corazón toda esperanza... Dime que renuncie á la felicidad; dime que ya no me amas... Eso será ménos cruel que entretener mis esperanzas y dar aliento á mi amor...

—Fernando, ¿por qué dices todo eso?...

—Yo esperaba otra cosa, Magdalena, y tus cartas justificaban mis esperanzas. Yo esperaba que viéndote huérfana y sola, desearias unirme al hombre á quien habias jurado amor eterno...

—Sí, Fernando; pero es muy pronto para trocar mis tocas de luto por las galas de desposada... En mi corazón no se han cerrado todavía las heridas terribles que abrió mi mala ventura.

—Basta, Magdalena, tú no me amas.

—¿Por qué?

—¿Por qué?... No lo sé... y por Dios que me espanta poder adivinarlo. Pero no tengas reparo alguno en decirmelo, y yo te juro que no volveré á verte.

—Y ¿cómo he de decirte?...

—¡Ah! Magdalena, no me amas, no me amas.

—¡Qué manía!...

—No me amas, repito.

—Sí.

—¿Sí?... Pues entónces, ¿cuándo quieres que se celebre nuestro matrimonio?...

—Ya te he dicho que todavía no puedo dar tregua á mi tristeza, á mi dolor...

—Respeto tu dolor, y no te hablaré más de mi amor. Si yo estuviese bajo el peso de un gran infortunio, tu amor seria el bálsamo más dulce y consolatorio.

dor. Para tí no tiene mi amor tan poderosa virtud. ¡Mira si hay diferencia de tu amor á mi amor!...

—Por Dios, Fernando, no me reprendas, no te enojés... Considera mi situacion, mi desgracia.

—Magdalena, ¿hasta cuándo quieres que no te hable de matrimonio?...

—A esa pregunta, ¿qué he de contestarte?...

—Dos meses te doy de tregua; ¿quieres que en esos dos meses no nos veamos?...

—¡Oh! eso no.

—Dentro de dos meses vendré á pedirte por segunda y última vez el cumplimiento de tu palabra... Si me contestas como mi corazón anhela ardientemente, habrás hecho mi felicidad, y te prometo por la sagrada memoria de tu amante madre hacer la tuya; si, como ahora, vacilas y dudas, entónces... todo habrá acabado entre nosotros, y me habrás hecho el más desdichado de los hombres, porque te adoro, Magdalena mia, y sin tí pesaria sobre mí la vida como la más horrible desgracia.

—Fernando, eres muy bueno, dice Magdalena, tendiendo la mano á su prometido.

—Si tan bueno te parezco, ¿por qué demoras hacerme el más feliz de los hombres?...

Fernando se despide de Magdalena, llevando en el alma el agudísimo dolor, el incomparable peso de un triste desengaño.

—¡Ah! exclama: ¡la maldita vanidad!... ¡A Magdalena le parezco pobre aún para ella!... ¡Triste mujer!... ¡pero tambien triste de mí!... ¿Quién sabe si



hubiera sido mejor?... No, no... ¡Yo la adoro, sí, la adoro; pero aunque muriera loco, desesperado de amor, tendré firmeza y voluntad para alejarme de ella, si ella no es digna de este amor que tan grande y poderoso siento en mi corazón!

## XV

Perico se explica.

La mujer de Juan el portero ha suavizado un poco sus rigores, y el dichoso marido no sufre ya tan crueles reprimendas; y si ántes le reñía su mujer por la mañana, por la tarde y por la noche, ya sólo le riñe por la noche. Esta amabilidad de la portera se funda en lo que se fundan tantas cosas en este pícaro mundo: en el dinero. Juan le soltó la onza, y luego le ha dado otras monedas de la misma procedencia; es decir, de Perico, que muchos días cuando va á ver á la marquesa le gratifica, ya con un duro, ya con medio, ya con una pesetilla, por lo ménos.

El portero no es interesado, y si acepta con gusto las propinas es porque con ellas va dulcificando paulatinamente el genio de Basilisa; bien que le espanta considerar lo que sucederá el día que se vaya de Madrid D. Pedro, ó se muera, que siempre Juan se pone en lo peor, y se acaben las gratificaciones; pero en fin, lo que él dice, miéntras dura, vida y dulzura; y aunque luego le mate á sofocos su costilla, siempre habrá pasado algun tiempo en una tranquilidad relativa, cosa que ya no creía poder esperar miéntras no tuviera la feliz desgracia de enviudar de Basilisa.

Una tarde, un domingo, que, porque llovía mucho, no habian salido la marquesa y Magdalena, y haciéndoles visita, la habia pasado con ellas el bueno de Perico, hallábase el portero sentado en la puerta, entretenido en ver las piernas de las mujeres que pasaban por la calle, porque á Juan siempre le habian gustado mucho los extremos, y por haber visto las piernas á Basilisa un día de lluvia se casó con ella, y hacíase amargas reflexiones acerca de su edad y estado, sobre todo acerca de su estado, y lamentábase de que ya estaba mandado recoger.

—Pues. señor, pensaba, un viejo no sirve para nada. Si ahora tuviera yo treinta años, no me quedaba aquí sin preguntarle dónde vive á aquella criada que entra ahora en la tienda. ¡Digo! ¡qué pierna!... ¡Y cómo lo sabe la maldita!... No hay nada más bonito que una pierna bonita... No, pues, la marquesa la tiene hermosísima... Cuando baja del coche se la veo con mucho gusto... Ella no repara en mi

aficion; como me ve viejo, creerá qua ya no me gustan más que las piernas de carnero.

—¿Qué haces ahí tan pensativo? le pregunta Perico que baja de las habitaciones de la marquesa.

—¡Ah! perdone V. E.; no le habia visto, dice Juan, poniéndose en pié.

—Guárdate el V. E., que no lo quiero para nada, y dime si está ahí tu mujer.

—No, señor; ha salido, ha ido con una vecina de esta casa de junto al teatro de Novedades á ver *Jaime el Barbudo*, que le han dicho que es una comedia que hace reir mucho, y el marido de la vecina hace de ladrón, y dice su mujer que está tan propio que da miedo verle.

—Pues me alegro de que tu mujer no esté en casa.

—¿Tiene V. algo que decirme de ella?... ¿Le ha faltado á V. al respeto inclusive?...

—No, hombre; es que deseo darte un encargo...

—Oro molido que fuera... sabe V. que puede mandar.

—Hombre, no seas bruto, y habla con lógica y sentido comun.

—No sé lo que es eso.

—Ya lo veo. Pues mira; yo quiero que una persona reciba una carta mia.

—¡Ah! ¿le escribe V. una carta á mi mujer?

—¡Qué pedazo de bárbaro!

—Usted disimule mis cortos alcances.

—Quiero que esta carta que ves llegue á manos de la señorita Magdalena.



—Señorito, será V. servido; ahora mismo subo...

—¡Eh! pára, hombre; es preciso que se la des con disimulo.

—Bueno, subiré y le diré que es cosa mia.

—¡Animal!

—Entónces, V. mande.

—Yo, como siempre está la marquesa delante, no he podido entregársela, y quisiera que tú se la entregases á su doncella.

—¿A Rufina?... ¡Ah! ¿le escribe V. á Rufina?

—Eres un poste, hombre; á Rufina con encargo de que con la mayor reserva se la entregue á la señorita Magdalena.

—Si hubiera V. dicho eso desde un principio...

—Le dices á Rufina, que se la ponga á la señorita sobre la almohada, y así la verá cuando vaya á acostarse.

—Bien, y luego con disimulo entro y le digo á la señorita lo que Rufina va á hacer...

—¡Jesus! ¡cuidado que eres cerril!... Comprendo que tu mujer no te pueda aguantar.

—Señorito, V. perdone, pero como hace tanto tiempo que no hago ese oficio de llevar y traer... Desde que V. se fué y luego se murió el marqués...

—Sí, recuerdo que un dia te envió el marqués con una carta para una señora casada y tú se la diste al marido.

—Creo que no se la podia entregar á persona más calificada... Digo, me parece á mí... Pues mire usted, yo lo haria mal, pero aquel caballero, el marido,

como V. le llama, me dió dos pesetas y me dijo que le llevase todas las que mi amo escribiera á su mujer... Conque no quedaria tan descontento.

—No sé cómo el marqués no te mató. Por tí tuvo un desafío.

—¡Bastante le importaba á mi amo tener un desafío!...

—Eso sí. En fin, ¿vas á hacer bien la comision que te confio?..

—Sí, señor, en eso descuide V.

—No hagas mas que entregar la carta á Rufina, que ella es bien lista, y en seguida comprenderá.

—Sí, señor, eso haré.

—Y para que te acuerdes, toma dos duros...

—Señor, V. siempre es el mismo.

—Toma, hombre.

—Por mi mujer lo hago.

—Y cuidado.

—En cuanto encienda las luces y venga mi mujer de ver á *Jaime el Barbudo*, en seguida subiré, y váyase V. descuidado, que la carta será bien dirigida.

Juan quedó suspenso y reflexivo, como quien discurre sobre algo intrincado y difícil, pero se hubiera equivocado quien creyera que Juan estaba discurrendo, porque él no tenia por costumbre discurrir jamás.

En el bolsillo del leviton se echó la carta, y se fué á encender las luces.

Ya era muy entrada la noche cuando volvió del teatro la portera.

Venia muy conmovida; el drama le habia interesado profundamente, y, segun dijo á su marido, más de una vez se le habian saltado las lágrimas durante la representacion.

—¿Qué hombre! ¡qué hombre! exclamaba.

—Pero, mujer, yo. ¿qué te he hecho? preguntaba azorado el portero, creyendo que su mujer se quejaba de él.

—No hablo de tí, vision, respondió amablemente la dulce esposa. Hablo de *Juime el Barbudo*.

—¿De ese ladron?... porque me parece que ese caballero era un ladron.

—Sí, pero un ladron muy bueno.

—Muy fino, querrás decir.

—Un ladron, que te aseguro que dice cosas muy bien dichas, y que era muy amante de los pobres. No extraño yo que las mujeres se volviesen locas por él...

—Mira tú lo que yo me he perdido con no ser ladron. Tú te habrias vuelto loca y estarias en Leganés.

—¡Qué gracia tienes!

—Gracia no tengo, pero tengo dos duros.

—¡Ay! á ver, Juan. Tengo que comprarme un velo, porque si la vecina me lleva otra vez al teatro, quiero ir decente.

—Toma, mujer, toma, ya sabes que á mí no me saca de mis casillas el dinero.

—Eso es lo bueno que tienes, y lo digo en todas partes.



—Gracias. En eso no se parecería á mí *Jaime el Barbudo*.

—¿Puede que te hayas ofendido por una broma!

—No, hija, no, ya estoy acostumbrado á tus bromas.

—¿Y quién te ha dado los dos duros?

—¿Quién ha de ser?... D. Pedro.

—¿Qué bueno es! ¿quién habia de decir que iba á ser tan bueno el que era tan malo?... ¿Te acuerdas qué loco era el señorito!... ¡Jesus! ¡siempre decia yo que acabaria en presidio!

En esto llega á la puerta el coche de la marquesa, y poco despues baja esta, vestida con gran lujo, como que va al teatro.

Magdalena no va todavía al teatro, aunque ya ha pasado el luto.

—Juan, dice la marquesa al portero, puede usted cerrar la puerta hasta que yo vuelva del teatro; esta noche no vendrá nadie.

—Bien, señora.

—¿Qué tiene V. ahí?... pregunta la marquesa, reparando en un número de *El Correo de la Moda* que está sobre una silla.

—¡Ah! perdone V. E., es ese papel que trae tantas estampas, que lo trajeron cuando estaba solo en el portal, y por eso no se lo subí... pero iba á subirlo ahora.

—Bien, súbale V. y dígame á Rufina que se lo lleve á la señorita Magdalena, que se queda sola en casa esta noche.

—Ahora mismo.

Y la marquesa se va al teatro al palco de la de la Azucena.

Su primo Perico le ha prometido ir tambien, y ella quiere que su primo Perico la vea con el precioso traje que estrena aquella noche. Perico no ha hablado todavía formalmente de amor á la marquesa, pero ella está segura de que la conquista de Perico es ya un hecho consumado.

Juan se felicita de la buena coyuntura que se le ofrece de evacuar el encargo que le dió Perico, y apenas sale la marquesa, se dispone á subir con el periódico en la mano y la carta en el bolsillo.

—¡Eh! tú, ¿á dónde vas tan decidido? le pregunta su mujer.

—Mujer, voy á *subir arriba*. ¿No has oido á la marquesa?

—Trae, trae ese papel, que yo lo vea.

—Sí, que te hará mucha falta.

—Voy á ver las modas que se estilan.

—¿Te vas á hacer alguna papalina de esas pintadas?...

—A otras les sentarian peor que á mí.

—Vaya, vaya, dame el papel, que lo está esperando la señorita.

—Yo lo subiré.

—Eso sí que no, la marquesa me ha dicho que lo suba yo.

—A la marquesa lo mismo le da. Dame acá...

—Basilisa, tú sabes que siempre he sido un Juan

Lanas, que todo te lo he sufrido y por todo he pasado; pero cuando tratas de atropellarme en mi deber... por eso sí que no paso.

—Pues no te pones poco serio.

—La marquesa me ha mandado que suba, y subiré, y si tú quieres subir será preciso que me ahogues ántes.

—Si no me dieran más trabajo...

—No, el trabajo seria para mí.

Basilisa no insiste; su marido le acaba de largar dos duros, y no es cosa de contrariarle tan pronto; ella no es desagradecida.

Juan sube á la habitacion de la marquesa, y llama. Sale una de las criadas, que no es Rufina.

—¿Qué quiere el señor Juan? le pregunta.

—Quiero ver á la doncella de la señorita Magdalena.

En aquel momento pasa Magdalena por delante de la puerta, y al oír su nombre se detiene.

—¿Qué trae V., Juan? dice amablemente al portero.

—¡Ah, señorita! beso á V. la mano, y V. me perdone la incomodidad. Yo queria ver á Rufina, para que Rufina le diera á V. una cosa.

—Entre V., Juan, entre V. en mi cuarto.

—Y Magdalena echa á andar seguida de Juan.

—La señorita siempre tan amable con los pobres, va diciendo Juan.

—Vamos á ver, dice Magdalena, ya en su gabinete, ¿qué es lo que me tiene que entregar el señor Juan?





—En primer lugar, de parte de la marquesa, este papel con estampas.

—¿Era eso todo?

—No, señorita; tengo una carta, pero no se la puedo dar á V.

—No será para mí.

—Sí, señorita, para V. me dijo quien me la dió, pero me dijo... Aunque sea mal preguntado, ¿dónde duerme V., señorita?

—¿Qué pregunta!

—Yo sé lo que me digo.

—Duermo en esa alcoba, pero, ¿qué tiene que ver?...

—Si V. me lo permite, entraré...

—¿En mi alcoba?... Juan, V. está loco...

—Por la presente me parece que no.

—No comprendo...

—Diré á V.: la persona, que es una persona de mucho respeto para mí, que me dió la carta, me dijo que se la diera á Rufina y le dijera que la colocase encima de la almohada de la cama de V.

—Vaya, señor Juan, bájese V. á su portería. Yo no recibo cartas de nadie.

—Señorita, si V. se enfada porque iba á entrar en la alcoba, yo no lo hacía á mal hacer, sino por cumplir... pero ahí va la carta. Siento no haberla podido entregar con disimulo, como me encargó el señorito...

—¿Qué señorito?...

—Demasiado sabe V. quién: el de enfrente.

—Bueno, vaya V. con Dios.

El portero sale, y Magdalena coge la carta, cuyo sobre está en blanco.

—¿Qué me querrá decir Fernando? se pregunta la huérfana... Alguna reprension amorosa... Fernando me quiere de un modo...

Magdalena ha abierto la carta.

—¡Jesús! exclama, no es de Fernando. ¡Ah! es del primo de la marquesa.

La carta dice así:

«Magdalena: No hallo ocasion propicia de decir á V. que la adoro, y para que V. lo sepa, no encuentro medio mejor que decírselo por escrito. Adoro á V., y le ofrezco mi mano y mi fortuna. Sé que tengo un rival afortunado, y para más desgracia, ese rival es mi mejor amigo; pero esta consideracion es para mí ménos fuerte que el amor que V. me inspira. A usted toca decidir. Todas las desventajas están de mi parte; él es jóven y es amado de V... Vea V. si será grande mi amor cuando, á pesar de tener casi por seguro un desaire, no he podido resistir al deseo de que V. no lo ignore.—Besa sus piés.—*Pedro del Valle.*»

Magdalena queda pensativa, coloca la carta en el sobre, y la encierra en su mesa de escribir.

—¡Ah! exclama. ¡Si la viera la marquesa!...

Magdalena no ama á Perico, pero ha comprendido que su tia trata de cautivarle y tiene sus proyectos de casarse con el millonario, y no le desagrade persuadirse de que Perico no ama á la marquesa.

La vanidad de Magdalena no podia perdonar la vanidad de la marquesa.

Ella se quedaria pobre, oscurecida, y la marquesa sería esposa del hombre que brillaba más en la corte por sus riquezas... Esta idea atormentaba mucho á la triste huérfana, tan ciega por esa pasion miserable que se llama la vanidad.

La marquesa iria á ocupar aquel magnífico palacio, y ella tendria que vivir, si se casaba con Fernando, en una habitacion de ocho ó diez mil reales...

Sólo preocupada como estaba por tan ruines pensamientos, pudo recibir sin indignacion, casi con agrado, la carta de Perico.

Si la vanidad no hubiese oscurecido su inteligencia y agostado en su corazon los sentimientos nobles y generosos, habria rechazado con erojo una carta que era una aleve traicion contra el amigo más leal de quien la escribia; hubiérase reido de la ridícula pretension de Perico de querer compararse con Fernando, tan bueno, tan galan, tan fiel amante, tan honrado, tan lleno de abnegacion y de amor; pero Magdalena no podia pensar nada de esto, porque solamente pensaba en su perdida fortuna, porque pensaba y calculaba con repugnante prevision que con lo que reunian Fernando y ella *apénas podrian vivir*, porque para ella *vivir* era tener lujo, eclipsar á todas las demas, poseer los mejores coches, las más preciadadas joyas, viajar á lo príncipe, ser la reina de los sa-raos, tener posesiones en todas partes, y merecer, en fin, la admiracion y la envidia de los que adolecieran del mismo defecto que ella... ¡No tener todo esto no era vivir, era no ser nada en el mundo!...



¡Como si tenerlo todo fuera ser algo más!...

Dominada la hermosa Magdalena por estas ideas, la carta de Perico era una satisfaccion á su vanidad.

Cuando la marquesa salió para ir al teatro, dejó á Magdalena triste y preocupada, y cuando volvió creia que ya se habria retirado á descansar.

Grande fué su sorpresa cuando la halló levantada, y no tan triste como ántes.

—¿Ha venido alguien? le preguntó la marquesa.

—Sí, tia; ha venido el portero á traerme de parte de V. *El Correo de la moda*. Gracias, tia; con sus dibujos y patrones he estado entretenida. Y V. ¿se ha divertido mucho?

—No.

—¿Y habia gente conocida?

—Alguna. Rosalia, la hija de la marquesa de la Azucena, ha estrenado un vestido *verde luz* magnífico, y estaba llena de diamantes.

—¡Jesus! ¡qué feita estaria!...

—Pues ha llamado mucho la atencion.

—¿Más que V.? Esta noche está V. hermosísima.

—Y tú parece que estás más animada...

—Lo mismo.

—Noto en tí alguna variacion.

—No sé... ¿Y ha estado su primo de V.?...

—No, aunque me lo prometió. Tiene una cabeza... Se le habrá pasado el tiempo en el Casino. Los amigos le van á perder.

—Pues Fernando no ha ido con él. Toda la noche he visto desde el balcon luz en su cuarto.

—Vamos, por eso estás tan contenta.

—Sí, señora, por eso.

—Ya me parece que va siendo hora de que os caseis. Fernando es un hombre ejemplar.

—Antes no le tenía V. tanto afecto.

—Era que le conocía ménos.

La marquesa tiene en efecto muchos deseos de que Fernando y Magdalena se casen. Ella quisiera que se casara todo el mundo ménos Perico; miéntas éste se halle en estado de merecer, no pierde las esperanzas de ser ella la que le merezca.

Tia y sobrina se separaron poco despues, retirándose á descansar.

En el palacio de enfrente se ve un balcon bastante iluminado por la luz que hay en la habitacion, y detras de la cortina se dibuja la figura de un hombre.

Es Fernando que mira al balcon del cuarto de Magdalena, tambien iluminado.

De pronto desaparece la luz en la habitacion de esta. La doncella se ha llevado el quinqué, y sólo ha quedado en la alcoba de Magdalena una bujía.

Fernando se retira del balcon, diciendo tristemente:

—¡Ya se ha recogido, Dios la bendiga!... Y para mí no ha tenido una mirada siquiera, ni ha querido saber si yo estaba aquí mirando á su balcon. ¡Pobre Magdalena! y ¡pobre de mí tambien!